

El insoportable

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Huadi





www.loqueleo.santillana.com

© 1996, RICARDO MARIÑO
© 1996, 2006, 2013, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4583-2
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUEIRA
Ilustraciones: HUADI

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo Jesús

El insoportable / Ricardo Jesús Mariño ; ilustrado por Huadi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

72 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4583-2

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Huadi, ilustr. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El insoportable

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Huadi

“Hay otro mundo y está en éste...”

Paul Éluard

loqueleq

Índice

Capítulo I	9
Capítulo II	15
Capítulo III	21
Capítulo IV	31
Capítulo V	37
Capítulo VI	41
Capítulo VII	47
Capítulo VIII	55
Capítulo IX	59
Capítulo X	63
Capítulo XI	67

Capítulo I

El lugar elegido para acampar no era el más apropiado y él no era precisamente un amante de la Naturaleza. Bruno Wrokitzkiewitzs—llamado “el innombrable” a causa de su apellido, o “el escritor” porque se sabía que estaba escribiendo una novela—, ni bien se detuvo el ómnibus comenzó sus interminables quejas:

—¡Debo estar en medio de una pesadilla! ¡Gritan los pájaros, la tierra está llena de tierra, hay sol, miles de insectos se abalanzan sobre nosotros! ¡Y todavía tenemos que caminar llevando mochilas! Ya que nos metemos en la jungla ¿por qué no trajeron elefantes de carga?

Aquel domingo los veinticinco alumnos de séptimo grado habían saludado muy temprano a los padres y hermanos que fueron a despedirlos y viajaron tres horas en un ómnibus que finalmente los dejó en ese desolado paraje. Al pie del vehículo comieron emparedados y bebieron gaseosas y luego caminaron dos horas hacia el bosque que se veía casi en lo alto de la sierra. Llevaban mochilas, carpas, víveres, bidones con agua, medicinas y faroles.

Los profesores Bernardo y Lana coordinaban cada movimiento y animaban a quienes, viendo donde iban a pasar una semana completa,

ya empezaban a arrepentirse de haber elegido ese lugar. Este año el voto de la mayoría de los alumnos se había inclinado por un sitio inhóspito donde no había agua potable ni luz eléctrica, con la idea de que el campamento resultara una verdadera “aventura”.

De todos los miembros del grupo quien no tenía de qué arrepentirse porque había estado en contra de esa idea desde el primer momento era precisamente Bruno.

—¿Qué es esto? ¡En cualquier momento nos atacan los salvajes! —seguía gritando.

Cuando por fin llegaron al lugar elegido para acampar, los profesores dieron la orden de armar rápidamente las carpas antes de que se hiciera de noche. Después de instalar sus tiendas algunos alumnos, como Tania, prefirieron hacer una recorrida por los alrededores y otros, como Ulises Glup, organizaron un partido de fútbol. Bruno no sabía por dónde empezar a armar la suya pero en cambio tenía claro qué le molestaba de todo aquello:

—Este lugar reúne todo lo que me molesta: viento, insectos, polvo, alimañas, campo, de-solación, ruta... sólo faltan mi tía Olivia con sus consejos y la vecina de arriba de mi casa que ensaya canto lírico.

—Te ayudo a armar la carpa, Bruno —le dijo la bella profesora Lana, a quien las opiniones de Bruno solían divertir.

—¡Que la arme él solito! —gritó el profesor Bernardo, a quien las opiniones de Bruno solían enfurecer.

—Creo que cualquiera de estos árboles inmensos se puede derrumbar durante la no-

che, señorita. Moriremos aplastados —le dijo Bruno.

—Esperemos que no. Hay que clavar las estacas.

—Además, en las inmediaciones debe haber víboras, arañas peludas, boas constrictoras y animales que atacan en manada, como las hienas.

—Ojalá no tengan ganas de atacar antes de que armemos tu carpa —recomendó Lana.

—¿Trajimos armas? —preguntó Bruno—. Digo, ya que cargamos tantas cosas inútiles como pelotas, herramientas y hasta un equipo de música, espero que también hayan incluido una carabina.

—No. Armas de fuego no trajimos. Las pelotas son para jugar al voley y al fútbol, las herramientas sirven para armar la carpa y el equipo para escuchar música, bailar o grabar el canto de los pájaros —agregó la profesora, manteniendo el tono burlón, y sin dejar de martillar sobre una estaca.

—¿Grabar el canto de los pájaros? ¿A qué vinimos? ¿A descansar o a participar de un documental? ¿Quién organizó este viaje? ¿La National Geographic? Seguro que tampoco trajeron un botiquín de primeros auxilios. Los mosquitos nos transmitirán sus enfermedades tropicales. Moriremos entre delirios horribles producidos por la fiebre.

—¡Basta, Bruno! Armemos la carpa de una vez. Te toca acampar con los mellizos García.

—¡No! Qué castigo. Esos dos viven peleándose. ¿Por qué me pusieron con ellos? ¿Quién soy yo? ¿El Papa? ¿La ONU? Además, por qué no

vienen a ayudar. ¿Tengo que instalar la carpa yo solo?

Al rato, más por la contribución de Lana que por el trabajo de Bruno, la carpa quedó lista. Ya era casi el anochecer. Bruno depositó adentro los libros y revistas que había traído, el farol y otras pertenencias y salió a dar una recorrida.

Él tenía claro que detestaba el viento, la lluvia, la nieve, la suciedad que se pega a las manos, el sol que hiere los ojos, el lodo, los insectos, el silencio, la noche con sus ruidos. De modo que si estaba en ese lugar, lejos de las pantallas de los televisores, los videojuegos y los ordenadores, era por seguir los pasos de su compañera Tania Castaño, que era lo que justamente estaba haciendo en ese momento.

Tania era delgada, alta y rubia, pero lo más llamativo en ella eran sus ojos grises muy claros. En una poesía Bruno había comparado a esos ojos con el mar. A veces el mar es de un azul intenso, otras es verde esmeralda, otras plateado o azul y jamás gris claro, pero el verso anterior decía “amar” y entonces Bruno no había tenido más remedio que poner “en sus ojos habita el mar”.

Otras dos cosas llamativas de Tania era que coleccionaba insectos y que estaba enamorada de Ulises Glup, el mejor deportista del colegio. Ulises Glup —a quien Bruno consideraba bruto, desagradable y casi fuera del género humano—, amaba el fútbol. Así es la vida, que a veces a todos deja insatisfechos.

Bruno caminó un rato, observando dónde apoyaba cada pie, con una mezcla de exceso de cuidado y de asco, y frunciendo el ceño como si

la claridad —que a esa hora no era demasiada— fuera un castigo para sus ojos.

Al rato encontró a la mayoría de sus compañeros, sentados sobre una loma.

—Se perdió la pelota de Ulises —le explicó Tania.

—¿En serio? —se burló Bruno.

—Sí. Le di tan fuerte... —confirmó Ulises—. Vi que rebotó en varios lugares. Y como estamos en una cuesta quién sabe adónde fue a parar.

—Qué lástima. Casualmente venía para jugar un rato —dijo Bruno—. Y bueno, mientras los demás leemos o paseamos, Ulises puede entretenerse cabeceando una piedra.

—¡Ay, qué tipo! —se quejó Tania—. ¿Por qué siempre tiene que decir cosas desagradables?

Sin embargo, a Ulises no le pareció una propuesta tan mala:

—¡Buena idea, Bruno! —gritó Ulises. Eligió una piedra y enseguida armó un partido con los mellizos García y con Xing Xu, el coreano, siempre dispuesto para los deportes.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Bruno y luego, acercándose a las chicas dijo:

—¡Qué bonita mañana!, ¿no? ¡Amo la Naturaleza! Esa arenilla que el viento mete en nuestros ojos, esos graznidos de los pajaracos y...

—¿Eh? ¿Qué dice? —preguntó Andrea N. Filipelli—. ¿Bonita mañana? ¡Es la tarde!

—Sí, casi de noche —reafirmó Andrea K. Filipelli.

—No le hagan caso, chicas. “Innombrable” odia estar al aire libre —agregó Tania.

—No es cierto. Ahora mismo estaba buscando hermosos insectos para formar una colección —dijo Bruno.

—¿Insectos? —preguntó Tania, con entusiasmo.

—Sí, insectos: mariposas, hormigas, coleópteros, gusanos asquerosos y todo eso.

—¡Busquemos juntos! —gritó Tania, entusiasmada.

—Sí, busquemos juntos —se animó Bruno.

En ese momento se escuchó el vozarrón del profesor Bernardo llamando a los chicos a preparar la cena.

—¡A comer, chicos!

—¡Maldición! —se enfureció Bruno—. Este tipo me odia.



Capítulo II

El pueblo de Krup parecía vivir una tarde de domingo como cualquier otra: por la calle principal pasaban los jóvenes montados sobre sus hormigas, los vendedores de dulces anunciaban sus productos a gritos, varios niños jugaban en la plaza, una pareja paseaba tomada de la mano, lo de siempre. Nada hacía pensar que de pronto ocurriría algo que cambiaría la vida de todos.

Primero se oyó un zumbido extraño proveniente de las montañas. De inmediato, cuando todos alzaron la vista vieron pasar sobre los techos una inmensa bola, más grande que varias casas juntas. Finalmente sintieron los efectos de una violenta ráfaga de aire que los arrastró como si ellos no pesaran nada, que hizo volar puertas y sillas y apiló contra un muro a cinco carros con sus hormigas y su carga.

El gigantesco objeto desconocido golpeó contra una enorme piedra más allá de las últimas casas, rebotó, y regresó rodando por la avenida principal. Algunos corrieron a meterse en sus viviendas, muchos buscaron refugio en las calles laterales, y otros simplemente se cubrieron la cara entregándose a lo que fuera.

La gigantesca bola fue aminorando la velocidad y se detuvo mansamente en el centro de

la plaza junto al monumento que recuerda a la dinastía Urp (Urp I, Urp II y Urp III), que cien años atrás emprendió el viaje del pueblo Krup desde las profundidades de la tierra hacia la superficie y setenta años después lo consiguió.

La bola quedó ahí y fue un niño de los que estaban jugando en la plaza —Rok Larús de once años—, quien dijo:

—¡Es una pelota gigante!

Los vecinos se fueron aproximando con gran cautela hasta formar un círculo en torno a la extraña presencia. Entre repetidas exclamaciones de asombro, tocaban, olían, golpeaban y raspaban a “la aparición” —como comenzaron a llamarla— para ver de qué material era, si tenía alguna leyenda o rastro que indicara de dónde había llegado.

Poco después empezaron a escucharse las opiniones de quienes no aceptaban que eso fuera una pelota gigante. Entre estos, a su vez, se armaron dos grupos de opinión: los hombres que solían verse en la peluquería, para quienes se trataba de un desprendimiento de las estrellas, y los ancianos que solían reunirse en la plaza que interpretaron al fenómeno como un anuncio de los antiguos dioses, enojados porque el pueblo Krup había abandonado las profundidades de la tierra donde había vivido por más de seiscientos años.

Dos horas más tarde todo el pueblo se había congregado allí. Fue entonces cuando Ajhi Larús —padre del niño Rok Larús— hizo un vuelo rasante sobre la parte superior de la aparición.

Ajhi era famoso porque solía volar montado sobre una avispa. Por esa razón era llamado